

ROLF KAPP

VERSAILLES

RAIZ
DE LA
GUERRA

Versalles, raíz de la Guerra

por el

Dr. Rolf Kapp

B U E N O S A I R E S , 1 9 4 1

Los dictados de paz del año 1919 fueron la causa de la guerra actual. Los dos decenios durante los cuales callaron los cañones entre los autores de esos dictados y sus víctimas, no pueden admitirse como una época de paz. Lejos de ello, fueron mudo testigo de una sorda lucha de aniquilamiento del pueblo alemán con medios que carcomían su vitalidad tal vez más que una sangrienta batalla, pero con la diferencia de que contrariamente a lo que ocurre en las contiendas guerreras, sólo Alemania cargaba los sacrificios, mientras sus contrarios creían haberse asegurado los beneficios manteniendo rígidamente los monstruosos tratados de 1919.

En una nota, si bien plagada de pasajes engañosos, que envió el 1er. Ministro Lloyd George a la Conferencia de la Paz en París el 25 de Marzo de 1919, se encuentran los siguientes párrafos bastante singulares por cierto: "Cuando los pueblos están exhaustos de guerrear, y regresan sangrientos, desfallecientes a sus hogares, no es muy difícil formalizar una paz que dure hasta que esa generación que ha experimentado en carne propia todos los horrores de la guerra, haya desaparecido. . . Por eso es relativamente fácil hacer una paz que dure treinta años. Pero, lo que resulta difícil, es hacer una paz que no lleve encerrado el gérmen de una nueva guerra para cuando hayan desaparecido de esta tierra aquellos que saben de sus horrores. . . La conservación de la paz dependerá entonces de que no existan motivos de rencores,

que puedan azuzar el espíritu de patriotismo, de derecho y de honestidad en la convivencia de los pueblos. . . Las demostraciones de injusticia y de prepotencia en la hora del triunfo nunca serán olvidadas ni perdonadas por el vencido.” La historia corrigió estas palabras del Primer Ministro inglés en un solo punto: Los dictados de paz de Versailles estuvieron tan preñados de injusticia y de prepotencia, que la misma generación que soportó los horrorosos martilleos de la metralla en las grandes batallas de aniquilamiento, se inclinó ante la histórica evidencia de la necesidad de ofrecer nuevamente su vida en holocausto de la patria, para borrar de una vez por todas ese mal llamado “tratado de paz”, que llevaba en sí ese ponzoñoso germen del perenne rencor, de la injusticia y de la prepotencia.

Después de haber leído las memorias de los políticos de aquel entonces, o de sus colaboradores, en las que han tratado de aminorar por medio de la publicación de documentos su culpabilidad en esa fatal obra, sabemos que la mayoría de ellos no concordaba con el espíritu del dictado, estimando injustificadas e irrazonables las condiciones que se impusieron a Alemania. Por otra parte las notas que enviara el Mariscal Foch a la Conferencia de París nos revelan las abiertas insinuaciones que hiciera de que al dictado no se lo encubriera con frases humanitarias. Esas notas se basaban en el pensamiento fundamental de que Alemania sólo pudo ser vencida por una coalición mundial, que en semejante volumen y potencia tal vez nunca se llegaría a establecer nuevamente. Francia quería perpetuar sin embargo su posición de gran potencia en el continente, que sobrepasaba en sus deseos visiblemente a su fuerza y capaci-

dad étnica. La paz debía tender a sojuzgar eternamente al pueblo alemán, así como a la aminoración de su población para reducir la ventaja biológica que le llevaba el pueblo alemán al francés y para llegar con el correr del tiempo a una real superioridad numérica. Bajo estos puntos de vista y sin consideraciones de justicia y derechos fué dictado el tratado.

Aquellos estadistas que se doblegaron ante la férrea y rencorosa voluntad del anciano Clemenceau, firmando el documento, en cuyo valor como garantía de paz no creyeron en ningún momento, llevaban en sí, en descargo de su conciencia, la esperanza de que tal vez la Liga de las Naciones pudiera amenguar más adelante esas condiciones por medio de revisiones pacíficas. El derecho de solicitar revisión de convenios imposibles de cumplir, está admitido y asentado en el artículo 19 de los estatutos de la Liga de las Naciones. Durante casi dos decenios trató Alemania de obtener la revisión del Dictado de Versailles basando su derecho en ese artículo. Fué inútil: pues el derecho en esa mal llamada "Liga de las Naciones" lo ejercían única y exclusivamente las dos grandes potencias occidentales, vencedoras en el 1919.

Recién cuando el pueblo alemán se fué dando cuenta, en la hostilidad de ese ambiente, de que nunca llegaría a una restitución de sus derechos vitales, comprendiendo que todos sus esfuerzos se estrellarían invariablemente ante la incomprensión y la terquedad de los signatarios del Dictado de Versailles, se cristalizó en él la firme resolución de obtener por su propia fuerza los derechos que le negaban las dos naciones que pretendían perpetuar su carácter de vencedores en la mayor contienda de

la historia. Protestando continuamente en cada etapa de la evolución pacífica, las naciones occidentales se fundaban en los derechos de ese Dictado de Versailles sin considerar que esos derechos, aun admitiéndolos, habían sido pisoteados precisamente por ellos mismos en los pocos puntos que favorecían al pueblo alemán. Esa política malogró finalmente el voluntarioso espíritu de Alemania de ayudar con todas sus fuerzas en la reconstrucción de Europa, espíritu, que por otra parte se disponía honradamente a borrar la fatal palabra "revancha" para todos los tiempos. Las pacíficas gestiones de Alemania para llegar a un acuerdo en la monstruosidad arbitral de la frontera del Este de su territorio, fueron motivo, para las potencias occidentales, para declararle la guerra. No han podido darle a esta guerra otro punto de vista que su propósito de restablecer el Dictado de Versailles, más todavía, de ampliarlo si fuera posible, dado que los hechos habían probado que con todo aun habían sido demasiado "tolerantes" con el vencido.

Es un áspero camino, el que ha conducido desde la imposición de la "paz" de 1919 hasta el estallido de la guerra actual y si buscamos el origen de esta nueva hecatombe de la humanidad, debemos convenir que en Versailles no ha imperado el honrado espíritu de llegar a una "verdadera paz", sino el delirio del vencedor que se esforzaba por desposeer al vencido de su honor, de su unidad nacional, de su igualdad de derechos y, ni más ni menos, de su derecho a la vida.

Se ha cumplido lo que dijera Lloyd George sobre esos propósitos: "Se podrá desposeer a Alemania de sus colonias, obligarla a reducir su ejército a un mínimo y su flota a la altura de una potencia de quinto

orden, y sin embargo, cuando Alemania sienta que ha sido engañada en la paz de 1919, encontrará los medios para obligar a sus vencedores en la mayor guerra de la historia, a restituirle lo que le ha sido quitado.”

Ante esos movimientos revolucionarios que están transformando a Europa y cuyos comienzos datan precisamente desde ese fatal año de la “paz” —1919— conviene llamar a recuerdo esos tratados de paz de Versalles y St. Germain; sólo así se llegará al fondo de los problemas y hechos que tan trascendentalmente han conmovido a Europa en los últimos años. En esos tratados está representado perfectamente el espíritu de las democracias occidentales, contra las que se han levantado en armas los pueblos jóvenes. Considérese que en aquel entonces las potencias occidentales eran los únicos amos de Europa. Nadie les podía impedir el darle a Europa la estructura política que les conviniera y que concordara con sus credos y sus intereses. El hecho de que durante esos dos decenios no se hayan rectificado de sus errores, ni aun parcialmente, nos hace aparecer esos dictados como algo más que un documento histórico, pues su espíritu es el punto de partida de la nueva guerra que han desencadenado.

Como faltaron a su palabra

El Dictado de Paz de 1919 se ha basado en la falta de palabra más denigrante de la historia de todos los tiempos.

Alemania había celebrado el 5 de Noviembre de 1918 una paz preliminar con sus contricantes, basada en las condiciones de paz del Presidente Wilson de los Estados Unidos de Norteamérica y confió en que, —como se conviniera— sobre esas condiciones se celebraría más adelante la paz definitiva. Los debates sobre la paz debían tener por objeto única y exclusivamente la fijación de detalles sobre los 14 puntos de Wilson. Sin embargo, y en cuanto los aliados y las potencias asociadas obtuvieron que el pueblo alemán depusiera las armas, hicieron caso omiso de los convenios celebrados en la paz preliminar, imponiendo al Reich un dictado de paz que en todos sus aspectos contrastaba fundamentalmente con lo que se conviniera solemnemente en el tratado básico y preliminar del 5 de Noviembre de 1918.

El Programa de Paz de Wilson se basaba en los conocidos 14 puntos, dados a conocer el 8 de Enero de 1918, a los que se agregaron el 11 de Febrero, 4 de Julio y 27 de Septiembre de 1918 otros tantos suplementos, en los que se ampliaban y se detallaban los 14 puntos en el mismo espíritu justiciero de su creador.

El 27 de Septiembre de 1918 exigía el Presidente que su Programa de Paz fuera aplicado sin distinción de vencedores y vencidos, manifestando que “la justicia imparcial no debía hacer distinción, entre aquellos ante los que queremos aparecer como justos, y los otros ante los que no quisiéramos serlo.”

El Programa de Paz de Wilson, cuyos detalles constan en cualquier publicación documental de la guerra mundial, puede dividirse en cuatro grupos: libre voluntad de los pueblos — igualdad de derechos — desarme — condiciones económicas. En todas sus manifestaciones declara Wilson que la “libre voluntad de los pueblos” es la condición básica para asegurar una paz duradera; y que a cada pueblo se le debería dar la ocasión de optar libremente por su nacionalidad. El derecho sobre la libertad y la independencia y la voluntad de los pueblos y de las razas de unirse en un Estado, debería primar sobre cualquier exigencia política. Los pueblos así unidos tendrían perfecta igualdad de derechos y se someterían de mutuo acuerdo a un código especial e internacional de derecho. Como garante de esta nueva legislación de derecho internacional se proyectaba la fundación de la Liga de las Naciones. Una vez asegurada la paz — así creía Wilson — los peligrosos armamentos serían superfluos. Todas las naciones mantendrían tan sólo los ejércitos y armamentos necesarios para guardar el orden interno. En cuanto a las condiciones económicas, solicitaba el Presidente Wilson, que Alemania costeara la reconstrucción de Bélgica y de las regiones devastadas del norte de Francia; que Polonia obtuviera una salida libre al mar (sin fijar que esa salida fuera territorial); que todos los problemas sobre exigencias coloniales se

solucionaran “libre, generosa e imparcialmente”, y que los mares se consideraran libres para todas las naciones.

Este programa de paz significaba sacrificios por una parte a Alemania; en cambio brindaba la posibilidad de ampliar la unidad del Reich con la inclusión de las poblaciones fronterizas de ascendencia netamente germánica en su territorio. En general parecía aceptable. Así que el 5 de Octubre de 1918, Alemania dirigió una nota a Wilson en la que aceptaba dicho programa, manifestando además su conformidad de llegar a un armisticio para iniciar las negociaciones de la paz a base de su programa. Siguió un intenso cambio de notas. Dudas mutuas tuvieron que ser aclaradas. Fundamentalmente deseaba saber Alemania, si todos los contrincantes aceptaban de hecho el programa básico de la paz de Wilson.

El 6 de Noviembre contestó el Secretario de Estado de Norteamérica, Lansing, en su carácter de apoderado de todos los gobiernos aliados y asociados: “Los gobiernos aliados están dispuestos a celebrar la paz con el gobierno alemán sobre las condiciones básicas del 8 de Enero de 1918 y los suplementos posteriores del Presidente Wilson, con la salvedad del punto sobre la libertad de los mares (que no le importaba mayormente a Alemania) y del punto sobre las indemnizaciones de pérdidas sufridas por civiles en las zonas de guerra.” Alemania aceptó esas condiciones. Con ello se había llegado a la celebración de una paz preliminar, válida en todo sentido, entre Alemania y sus contrarios. Que los aliados estaban poseídos del valor legal del convenio celebrado, lo prueba incontestablemente el hecho de que hayan exigido esas modificaciones de dos puntos, las que —aceptadas por Alemania por no haberlas estimado de

primordial importancia— fueron asentadas expresamente en la nota final del acta de paz.

No vamos a discutir si todos los puntos de Wilson hubieran podido realizarse, o si en la práctica hubieran llevado al mundo a un estado ideal. En el análisis del valor legal del convenio celebrado por Alemania con sus contendores no interesa. Todos los firmantes se obligaban en ese convenio a atenerse estrechamente a los puntos-axiomas estipulados y a solucionar disidencias, si se presentaran, de mutuo acuerdo y en ningún caso con métodos dictatoriales.

Considerando los arduos problemas que esperaban solución en Europa al finalizar la larga contienda, la aplicación de los 14 puntos del convenio preliminar de paz en el real sentido que le diera su promotor espiritual, habría significado para Alemania la siguiente situación: Debía contar con la probabilidad de perder algunas franjas fronterizas en Alsacia y Lorena y en la provincia de Posen, si en esos territorios se efectuara un plebiscito. Si efectivamente el plebiscito habría resultado negativo para Alemania, no se ha establecido; porque más adelante también esos territorios han sido separados del Reich sin consultar la voluntad de sus pobladores. Se ha establecido, en aquel entonces, que en la frontera oriental de Alemania muchos grupos extraños al pueblo alemán mantenían marcada inclinación de incorporarse al Reich, a quién debían su cultura y sus medios de vida. En todo caso, y aunque Alemania hubiera perdido algunas franjas fronterizas, su pérdida habría quedado compensada con creces con el “Anschluss” de Austria al Reich. Basándose en la “libre voluntad de los pueblos”, la población alemana del antiguo Imperio Austro-

Húngaro se había constituido a fines de Octubre de 1918 en la República de Austria. La Asamblea Nacional del 1º de Noviembre de 1918 resolvió la unión de Austria con el Reich y fijó en otra Ley de fecha 22 de Noviembre de 1918 (sancionada el 3 de Enero de 1919) las nuevas fronteras con las naciones vecinas, atendiéndose estrictamente en su determinación a la “libre voluntad de los pueblos”. Con la consigna “volvamos al Reich”, la nueva Asamblea Nacional legislativa sancionó nuevamente por Ley y en fecha 12 de Marzo de 1919 que “Austria entraba a formar parte del Reich”. La constitución del Gran Reich Alemán y la incorporación de los territorios sudetes en 1938 no ha sido más que llevar a la práctica dos Leyes, sancionadas por la Asamblea Nacional de Austria, que por su parte había sido elegida por el pueblo austríaco en votaciones libres realizadas con el más puro espíritu democrático — ¡hecho que lamentablemente se ha olvidado en muchas partes del mundo! Como se ha olvidado también que esas sanciones legisladas por todo el pueblo austríaco no pudieron cristalizarse durante casi dos decenios por la imposición de la fuerza de quienes en su oportunidad violaron su palabra comprometida en los pactos de paz, sobreponiéndose a los dictados del derecho y de la libertad de los pueblos en la libre determinación de su voluntad. Por consiguiente, basado en los 14 puntos del Presidente Wilson y en la sanción de las Leyes de la Asamblea Nacional austríaca del 12 de Noviembre de 1918 y 12 de Marzo de 1919, Austria es legítima y legalmente parte del territorio del Gran Reich Alemán.

Por la letra y el espíritu del Convenio Preliminar de Paz, Alemania no podía ser coartada y menoscabada

en su libre acción; el cumplimiento de sus compromisos implicaba el compromiso recíproco de la otra parte. Alemania debía desarmarse, pero los cofirmantes del convenio asumían también por su parte el compromiso de desarmarse a la altura del Reich.

Alemania se comprometía a costear las pérdidas sufridas por la población civil de las zonas devastadas por acciones de guerra —calculadas a lo sumo en 26.000 millones de marcos— como asimismo a facilitarle a Polonia una zona libre en un puerto del Mar Báltico, permitiendo el libre tránsito por territorio alemán, de los productos y mercaderías de ese país. En cuanto a las colonias alemanas, si se hubiera procedido conforme a la letra del convenio que decía que “los problemas coloniales se someterían a un arbitraje legal e imparcial”, Alemania habría conservado sus colonias, máxime considerado que la superficie de sus territorios coloniales era mucho menor que la de sus contrincantes, contando en cambio con una población mucho mayor. Esta fué, a grandes rasgos, la Paz que Alemania firmó voluntariamente con sus contrarios de la guerra europea.

Confiada en ese solemne convenio preliminar y en la afirmación de que el Presidente de los Estados Unidos garantizaría el cumplimiento de su palabra empeñada, Alemania depuso las armas, a pesar de que ningún enemigo había logrado hasta entonces pisar tierra alemana, y a pesar de que habría estado en condiciones de ofrecer aún fuerte resistencia, si hubiera sabido que el enemigo había firmado de mala fe y que sus intenciones eran las de exigir en ese momento, dado la rendición incondicional.

El Mariscal Foch opinó en aquel entonces que “nadie habría sacado a los alemanes de sus trincheras”, si se hubieran dado cuenta a tiempo de la traición preparada, que se inició el mismo día del armisticio: 11 de Noviembre de 1918.

En cuanto Alemania depuso las armas, los aliados empezaron a violar descaradamente todos los puntos del Convenio Preliminar de Paz. No les inmutó la bajeza de su traición. En el mes de Febrero de 1919 y en circunstancias que se exigían de Alemania exorbitantes tributos en la Conferencia de Paz, Wilson manifestó a los representantes de los gobiernos aliados que esas exigencias “no estaban de acuerdo con lo que prometimos solemnemente al enemigo, y que no es compatible con el honor hacer cambios posteriores sobre esas promesas”. El Delegado de Paz de la Unión Sudafricana, Smuts, quien hoy, como primer ministro, parece haber olvidado sus sanos razonamientos de aquel entonces, advirtió a Wilson a último momento escribiéndole el 30 de Mayo de 1919 lo siguiente: “Los alemanes dicen que hemos asumido el solemne compromiso de concertar una paz “Wilson”, basada en los 14 puntos y en los suplementos posteriores del año 1918. Por mi parte estimo que tienen razón . . . Cualquier determinación que se opusiera a la finalidad o al objeto del convenio de paz o que lo ampliara, equivaldría a su violación lisa y llana . . . Si lo hacemos, me parece que violamos el solemne compromiso que asumimos conscientemente y que, no sólo cometemos un acto infame, sino que con esta paz dejamos en suspenso una situación que tarde o temprano llevará a la humanidad a un mal mayor aún que el que ha sufrido en la última guerra.”

A pesar de la durísima condena que pronunciaran esos estadistas sobre la ingnomिनiosa violación del compromiso que se cometía, pusieron su firma en el nuevo Dictado de Paz. Los adversarios de Alemania han adulterado deshonrosamente un tratado legalmente constituido, cometiendo con la prepotencia del vencedor el mayor ultraje de que nos ha dado cuenta la historia de la humanidad. Y Smuts tuvo razón cuando advirtió que esa paz sería el punto de partida de un mal mayor que el que significó para el mundo la tragedia de 1914 - 18. Porque Versailles no sólo fijó fronteras falsas, creando desequilibrios políticos y económicos, sino que Versailles ha destruído en su fondo la confianza entre los pueblos, condición esencial en su vida política. Para restablecer esa confianza, Alemania, y en especial Adolfo Hitler, ha presentado un sinnúmero de planes y proyectos para llegar a un entendimiento pacífico entre los pueblos. Todo fué inútil, porque aquellos gobiernos que se aferraron al Dictado de Versailles insistieron en su cumplimiento y mantuvieron el maligno espíritu que nació en la vergonzosa violación de su palabra. Los hechos han comprobado entretanto que no podrá cristalizarse la confianza entre los pueblos, mientras subsista el fraude de 1919. Porque ambos son antagónicos.

Versailles - un fallo errado

Seis días después de haberse firmado la paz preliminar entre los aliados y Alemania, le fueron dictadas ciertas condiciones a la comisión de armisticio alemana en el bosque de Compiégne, que dejaban entrever las intenciones que abrigaba el enemigo de no reconocer al contrario de igual a igual. El jefe supremo de los ejércitos aliados recibió a la delegación alemana con tan humillante descortesía, que más bien parecía recibir a criminales y no a representantes de un pueblo vencido en una lucha heroica de más de cuatro años. No hubo humillación ni deshonra, en espíritu y palabra, que le fuera ahorrado al pueblo alemán en ese denigrante acto. Las exigencias de la Comisión de Armisticio sobrepasaron en mucho las necesidades para evitar la reanudación de la lucha. En este primer dictado ya empezó el saqueo del pueblo alemán. Cada prolongación del cese de las armas tuvo que ser comprada con nuevos tributos. Con caracteres indelebles ha quedado grabada en el recuerdo del pueblo alemán aquella exigencia de entregar 150.000 vacas lecheras — en circunstancias que en la patria morían de hambre decenas de miles de mujeres y niños.

Y sin embargo todas esas exigencias no fueron más que un prólogo a la paz de exterminación que tramaban sus enemigos entre bastidores. Alemania fué excluída de los debates — algo jamás visto en la historia de todos

los tiempos. Sólo una vez tuvo ocasión de presentar objeciones por escrito contra los mortíferos párrafos del dictado que le presentaron, exigiéndosele secamente hacerlo en el más corto plazo. Esas objeciones y a continuación todos los desesperados esfuerzos que hiciera Alemania para amenguar la catástrofe que amenazaba la vida nacional de su pueblo, se estrellaron ante la glacial negativa de los vencedores. Se comunicó a Alemania secamente que debía firmar el tratado el 28 de Junio de 1919, y que en caso contrario se reanudarían inmediatamente las acciones de guerra y el bloqueo de hambre. Alemania, que, confiada en la palabra de Wilson había depuesto sus armas y que, por lo tanto, ya no tenía medios de defensa, tuvo que capitular ante la fuerza bruta. Bajo protesta de que se sometían a la fuerza ilegal, firmaron los delegados alemanes el dictado el 28 de Junio de 1919.

Para justificar ante la opinión mundial el ultraje cometido, los vencedores de 1919 no le dieron a esa paz el carácter de tratado, sino de condena punitiva. Haciendo caso omiso de que la guerra no había sido definida por las armas, declararon que Alemania sería castigada como criminal internacional. Se le hicieron tres cargos: haber provocado premeditadamente la guerra, haber conducido la guerra al margen del derecho internacional e incapacidad para colonizar. Ciertos "párrafos punitivos" (por ejemplo el de la entrega de los —por ellos denominados— criminales de la guerra, que finalmente no se entregaron) debían impresionar en el sentido de que con ellos se había dado cumplimiento a la "Justicia Internacional".

Sin embargo, más tarde los enemigos de Alemania tuvieron que decirse, que había sido un error el negarle a la paz formalizada el carácter de "Tratado de Paz." La psicosis de la guerra fué disminuyendo paulatinamente y con ello fué tomando cuerpo la duda de que como podía tener valor legal un fallo, en que el acusador asumía las veces de juez y de beneficiario de los bienes del acusado. Los historiadores empezaron a ocuparse de los antecedentes y de la historia misma de la guerra europea, llegando a la conclusión de que el dictado de Versailles había sido un fallo errado, pronunciado en un ambiente de encono, en que la parcialidad de los jueces no admitió que se profundizaran los motivos y antecedentes magnificados o falsos del todo que se presentaron al tribunal. Posteriormente conocidos estadistas han probado fehacientemente que la culpa de la guerra no recae exclusivamente en Alemania y que Alemania no sólo ha observado los derechos de gentes en sus acciones de guerra, sino que ha marcado rumbos en la administración de sus colonias y en el trato de su población aborigen. Los mismos aliados se encargaron de desmentir posteriormente esas afirmaciones nacidas en un ambiente de encono guerrero. Con esos razonamientos, aunque tardíos, reconoció que el Dictado de Versailles no se basaba en la moral del derecho. En muchas partes del mundo se oyeron llamados que exigían la revisión de ese falso fallo y su suplantación por un tratado equitativo de paz. Esas voces se perdieron en el vacío; pues, los beneficiarios lo mantuvieron con los mismos medios de que se valieron para su dictado: por la fuerza bruta y la extorsión.

Fronteras arbitrarias contra la unidad alemana

Uno de los artículos más terminantes en cuanto a la interpretación de su espíritu y letra es el número catorce sobre la “libre voluntad de los pueblos”. Y sin embargo ninguno ha sido tergiversado tan infamemente más tarde. El territorio del Reich y Austria alemana fué repartido entre no menos de 12 estados fronterizos, sin consultar absolutamente para nada la voluntad de sus pobladores. Se hizo lo que Wilson condenó como semi-llero de nuevas guerras y punto de roce entre los pueblos. . . . “han sido transferidos de una soberanía a otra como si fueran objetos o piezas de un juego, aunque fuera en el juego desacreditado para todos los tiempos del equilibrio entre las potencias.”

Ese “juego de equilibrio de las potencias” nunca ha sido jugado más descaradamente que detrás de las puertas cerradas de la Conferencia de Paz. Por los documentos publicados posteriormente sabemos hoy, que en primer término fué el Estado Mayor francés con sus secuaces, los nuevos estados de la frontera oriental, quienes demarcaron las fronteras europeas como las conocemos hoy. Wilson sucumbió en el juego que se le hizo con naipe marcado — le presentaron mapas fantásticos sobre minorías nacionales en esas comarcas fronterizas — y triunfaron las fanfarronadas y el delirio de grandeza del nuevo “estado” que recién se constituyera: Polonia. Inglaterra trató de frenar un tanto esos aspavientos delirantes, porque, su línea política tradicional del equilibrio europeo, le sugería no debilitar demasiado a Ale-

mania para mantener con ella un contrapeso ante las otras potencias del continente. Sabemos que abandonó esa idea, adhiriéndose de lleno a Francia, a raíz del resurgimiento de Alemania que le permitió sobrepasar muy pronto en potencia a esa nación. Ante ese hecho, para Inglaterra, fiel a su política tradicional, había llegado el momento de coaligarse con otras potencias, contra la potencia más fuerte del continente europeo.

El deseo más ardiente de Francia, de ver disuelta a Alemania en un sinnúmero de pequeños estados soberanos, no se realizó en Versailles. Ante el fracaso de ese sueño dorado, trató por todos los medios de conseguir por lo menos que se desprendiera el mayor territorio posible de Alemania y que en ningún caso se refundiera con la Austria alemana. El "resto del Reich", para el cual un checo propuso la sugerente denominación de "Reservado Alemán", debía ser rodeado y vigilado estrechamente por los estados vecinos beneficiarios del dictado de Versailles, unidos en el mismo sentimiento de mala conciencia por la injusticia cometida con el Reich. El plan francés consideraba y tendía a la posibilidad de distanciar y enajenar poco a poco a las poblaciones desprendidas de la madre patria, para reducir en lo posible el número de habitantes del Reich. La conocida frase de Clemenceau de que había 20 millones de alemanes demás en el mundo, había que entenderla como sigue: los ciudadanos de la Austria alemana no se reconocerían como alemanes; los 60 millones había que reducirlos, con el desprendimiento de grandes trozos del territorio del Reich é impidiendo con todos los medios el resurgimiento económico de la población, para impedir su multiplicación por carencia de medios de vida.

Con la realización de ese plan satánico esperaba hacer desaparecer con el correr del tiempo la superioridad biológica del pueblo alemán sobre el francés (40 millones), abrigando además la esperanza de absorber en el resplandor de su potencia a la población alemana del Rin. Sobrepasando los sentimientos de escrúpulos o de moral que surgían ante la evidencia de tener que despatriar gran número de ciudadanos alemanes, se trabajó con ahinco en la realización de ese plan.

Los dictados de Versailles y de St. Germain dieron amplio margen a los propósitos desenfrenados del enemigo.

Alemania (con la Austria alemana que le correspondía por la libre voluntad de sus ciudadanos) tenía una superficie de 662.854 km². Con el Dictado de Versailles su superficie se redujo a 470.617 km². Una quinta parte había sido desgarrada de su territorio. Con esa mutilación Alemania perdió fronteras que constituían defensas naturales y se le apartó total y parcialmente de sus vías fluviales de más importancia (Rin, Vístula y Danubio). Sus nuevas fronteras fueron de lo más arbitrarias que pueda imaginarse.

Sin plebiscito se transfirió Alsacia y Lorena a Francia. Un plebiscito fijado para la cesión de la franja de Eupen-Malmedy fué saboteado por Bélgica, que se apoderó sencillamente de esas tierras ante la impotencia de Alemania para impedirlo. Por otra parte, los políticos Clemenceau y Poincaré, trataron por todos los medios de provocar levantamientos separatistas en la región del Rin para erigir un estado-intermedio bajo soberanía francesa. Por más utópico que pareciera semejante intento

en nuestra época que tiende a la unión nacional, el comportamiento escandaloso de la tropa de ocupación con la población de esa región, sirvió para cortar de raíz esas intentonas, ante la antipatía que provocaba el prepotente espíritu francés.

La demarcación de la frontera noreste fué el mayor desatino imaginable. Ciertamente, existía en las provincias de Prusia Oriental y en Posen población de habla polaca, pero sin poder definir comarcas de carácter netamente polaco. Siempre ha sido esa una región en la que alemanes y colonos polacos han vivido mezclados. Al pretender la demarcación de una frontera en esa zona, con mayor razón que en ninguna otra parte, se debía haber recurrido a un plebiscito imparcial, porque en esas regiones no viven tan sólo alemanes y polacos con diferencias de idioma y de raza, sino que también gérmenes de otros pueblos que desde generaciones viven allá, y que, si bien hablan el idioma polaco, racial y biológicamente no pertenecen a esa raza. Afirmaríamos que la mayor parte de ellos habría preferido seguir bajo la soberanía alemana, siguiendo así un "modus vivendi" que data de siglos atrás y el que le ha permitido elevar en todo sentido su nivel cultural y económico. Alemania no tenía por qué temer un plebiscito en esos sus territorios orientales. Prueba de ello es que en el año 1919, en medio de los levantamientos y revueltas de los polacos, en las elecciones realizadas para la representación a la Asamblea Nacional votó el 72.4 % del electorado de esas regiones por los candidatos de los partidos alemanes; un plebiscito indirecto que dice a las claras que con excepción de ciertas franjas en la provincia de Posen, el Reich habría triunfado si se hubiera procedido al plebis-

cito en conformidad con la letra y el espíritu del Tratado Preliminar de Paz. Los aliados "evitaron" el plebiscito porque temían un resultado parecido, que habría echado por tierra sus afirmaciones de que el "carácter polaco" de esas regiones era manifiesto, por lo que no correspondía realizar un plebiscito. Contra la voluntad de sus pobladores, el noreste de Alemania fué desgarrado arbitrariamente: la provincia de Posen, parte de la Prusia oriental y occidental y otras comarcas más de la baja Silesia fueron desprendidas del Reich e incorporadas a Polonia sin que mediara un plebiscito; Danzig, una ciudad íntegramente alemana, fué convertida en "Estado libre", sin concedérsele, sin embargo derechos, porque la Liga de las Naciones y Polonia hacían y deshacían dentro de sus fronteras. La franja de Memel fué declarada "autónoma" y separada del Reich, para ser entregada después a un destacamento de la guardia civil de Lituania, por las tropas aliadas. En la alta Silesia, que creían de "carácter polaco", fué impuesto un plebiscito que se realizó en circunstancias dantescas, bajo las bayonetas caladas de la tropa francesa de ocupación y con intervención del populacho polaco, que, azuzado por la oficialidad francesa, trató de influenciar en el plebiscito aterrorizando a la población alemana, sin que interviniera la tropa. A pesar de todo, el 60 % de la población expresó su voluntad de permanecer en el Reich; pero, sin que nada hiciera ver los motivos de semejante proceder, la alta Silesia fué dividida, incorporándose la parte más rica a Polonia. Merece destacarse que, precisamente esa parte, la más rica por su industrialización, acusó el más alto porcentaje de votos en pro de permanecer en el Reich. El robo, el saqueo fué lo principal, la voluntad de la población les importó un bledo.

Muy pronto la población fronteriza oriental se dió cuenta de que la nueva frontera había sido demarcada con una arbitrariedad mortificante y con premeditación, para que con el tiempo se hicieran sentir las consecuencias desastrosas en el lado alemán. Decenas de vías férreas, cientos de calles y puentes han sido cruzados y vueltos a cruzar por la nueva frontera con el sádico propósito de molestar y separar a los pobladores alemanes.

Los mismos aliados estuvieron convencidos de que los polacos no poseían las facultades para constituir y mantener un estado. En un manifiesto a la Conferencia de la Paz dijo Lloyd George: "La proposición de la comisión polaca de someter 2.100.000 alemanes al gobierno de un país que profesa otra religión y que nunca en la historia ha probado poseer las facultades de constituir su propio gobierno y de mantenerlo, llevará tarde o temprano a otra guerra en el Este". A esta opinión se agregó la del Primer Ministro Smuts que en un Memorial de fecha 22 de Mayo 1919 manifestó: "Estoy convencido, de que al darle a Polonia un volumen que no le corresponde, estamos cometiendo un error político cardinal, contraviniendo el veredicto de la historia. Ese error tendrá consecuencias . . . ¿Cómo podemos esperar que Polonia no sea un fracaso aun si poseyera la capacidad de gobernarse a sí misma, que —la historia lo ha probado— no tiene? Hasta aquí mismo, en el recinto de las conferencias, se muestran alzados; ¿cómo será más adelante cuando las potencias sigan su política separadamente? . . . Creo que estamos construyendo una casa sobre arena ... y estoy convencido de que el propósito de darle a Polonia más de lo que se proyectara durante la guerra, es un error cardinal del Tratado de Paz." Smuts hizo

lo que pudo para evitar la locura que se cometía. Los enemigos de Alemania callaron y año tras año la llaga del "corredor polaco" se hizo más insoportable. La opinión del mundo entero ha estado de acuerdo en que con ese error se había cometido una injusticia con Alemania y que esa situación constituía un peligro permanente de guerra; innumerables voces, entre ellas también la de políticos sensatos de Francia e Inglaterra han clamado por una revisión de esas fronteras por vía de arbitraje. Pero cuando Alemania formalizó un pedido de revisión en términos mucho más modestos de lo que habrían estimado justificado los políticos aliados en la época de encono de postguerra, Inglaterra se opuso terminantemente a una revisión pacífica y declaró la guerra a Alemania. ¿Por Polonia? Que responda a esta pregunta la opinión del mundo.

El territorio de Austria alemana sufrió también dolorosas mutilaciones. Casi la mitad de su superficie fué incorporada a los estados vecinos. El nuevo estado checoslovaco, por ejemplo, recibió los territorios sudetes de ascendencia alemana absoluta y en los que una delimitación de las fronteras biológicas no habría constituido ningún problema. Ese nuevo estado checoslovaco con 3,5 millones de alemanes —una cuarta parte de la población total— fué una parodia caricaturizada de la antigua monarquía austro-húngara, la que —así se dijo en las conferencias— debía desaparecer por ser un conglomerado de los más diversos pueblos. Al resto de Austria alemana le fué prohibido refundirse con el Reich, a pesar de haber manifestado su pueblo en varias ocasiones su deseo de hacerlo. Cuando las protestas del pueblo y sus gritos pro "Anschluss" se hicieron in-

cómodos, el gobierno de Austria fué amenazado con intervención de armas y bloqueo de hambre por parte de Francia e Inglaterra, si no cesaban esas manifestaciones.

Lo que ocurrió en los años posteriores a 1919 en los estados que anexaron partes del territorio alemán se puede intitular: *¡Persecución a los alemanes!* Sin derechos políticos, desarraigados de sus propiedades, despedidos en la mayoría de los casos de sus ocupaciones, decenas de miles de sus hijos sin posibilidad de poder ser educados en escuelas alemanas. Esas minorías alemanas sostuvieron una sorda lucha por su nacionalidad y sus tradiciones, lucha heroica que culminó con la muerte de 60.000 hombres, mujeres y niños vilmente masacrados por el populacho polaco antes y después de la guerra.

Los Dictados de Versailles habían destruído el aspecto geográfico del Reich y le habían impuesto fronteras arbitrarias. Lo que no pudieron destruir fué la unidad espiritual del pueblo alemán. Nunca dejaron de sentirse alemanes de cuerpo y alma aquellos hombres, aquellas mujeres y niños que con una plumada fueron "transferidos" a otros estados. Ahí terminó la trayectoria de la violencia. Esa inefable unión de la sangre y de la tierra común, la tradición milenaria, el llamado de la comunidad de la palabra y cultura fueron más fuertes que el ultraje sufrido y por sufrir a manos de quienes les fueron impuestos como amos, por un documento nacido en la mentira y en la prepotencia del vencedor. Por eso el destino tomó ese fatal rumbo que presintió el Jefe de la delegación británica en la Conferencia de Paz, sin que tuviera las fuerzas para evitarlo: la negativa de reparar la injusticia cometida con el pueblo alemán arrastró a una nueva guerra.

Pero no tan sólo el incalificable hecho, de subordinar a millones de alemanes contra su voluntad a una soberanía extraña, fué prueba de la incapacidad política y del irracionalismo de los políticos de 1919. También lo fueron sus yerros en la política territorial que profesaron. Pues, aun dejando a un lado los 14 puntos de Wilson y considerando que cada guerra trae consigo ganancias territoriales para el vencedor, hay que tener presente, que en esas circunstancias una paz sólo puede ser perdurable cuando la expansión del vencedor parte de regiones densamente pobladas a tierras retardadas y de escasa población. La historia nos dice que toda vez que un pueblo fuerte en población y restringido en espacio ha buscado la expansión guerrera hacia tierras despobladas, la paz que ha seguido a esas acciones ha sido duradera. Las condiciones territoriales del Dictado de Versailles se fijaron al revés. Se podría decir que traducía el empeño de formar un remanso en la cuesta de un cerro. "Conquistadores" fueron los franceses, que, con una densidad de población de 76 habitantes por kilómetro cuadrado (sin contar las colonias) se introdujeron en territorio alemán de un densidad de 135 habitantes por kilómetro cuadrado; "ladrones" en el real sentido de la palabra, debe llamarse a los ingleses que se apoderaron de las colonias alemanas, a pesar de ser incapaces de proveer a sus propias colonias con pobladores de su nacionalidad. La guerra mundial no terminó con la expansión de un país falto de espacio vital, sino, contrariamente, con un mayor apretujamiento aún de su población.

Ahí están las raíces de ese mal que han temido desde entonces los gobiernos plutócratas: la lucha por el

espacio vital. Se ha apretujado al pueblo alemán en un espacio demasiado estrecho, se le ha privado de materias primas y se le han impuesto dificultades en su comercio exterior; por fuerza y ante la encrucijada tuvo que elegir, entre luchar revolucionariamente por la justicia que se le negaba, o morir lentamente.

Destrucción de las bases económicas alemanas

Las condiciones económicas del Dictado de Versalles tendían a socavar la capacidad económica del pueblo alemán y evitar a toda costa su resurgimiento. La iniciativa partió de Inglaterra. Alemania, que con su actividad y su trabajo había mermado la posición de monopolio del comercio mundial de Inglaterra, debía ser apartada de sus colonias y de una participación en el comercio, que no fuera insignificante. Las pérdidas impuestas a Alemania en las condiciones económicas para su existencia se pueden dividir en tres grupos: pérdidas de materias primas y de plantas productivas en los territorios separados del Reich, pérdida de todas las colonias y por último las obligaciones tributarias.

Como ya dijéramos, los territorios separados del Reich tenían un alto valor económico. Constituían una cuarta parte de los yacimientos carboníferos, más de la mitad de los yacimientos de mineral de hierro, más de la mitad de los de plomo, las tres cuartas partes de

los minerales de estaño, toda la producción alsaciana de potasa y aproximadamente un 15% de la producción agrícola. El centro de la industria pesada del Rin y de Westfalia estuvo paralizado varios años por la intervención arbitraria y las vejaciones de las tropas de ocupación. Durante 15 años se perdió la producción del territorio del Sarre y la mayor parte de la planta siderúrgica de la alta Silesia tuvo que ser entregada a los polacos. Sin embargo, aún en su magnitud, esas cifras no traducen del todo el inmenso mal que se hizo a Alemania. Porque es sabido, que no puede desprenderse de lo que ha surgido en decenios de paciente labor cierta parte, sin afectar el todo. Y en esos detalles se desenfrenó la infamia y el encono de los vencedores. Citemos un solo ejemplo: En la alta Silesia, en ciertas partes la frontera corría indistintamente sobre y bajo la tierra, sólo para permitirles a los polacos la explotación de minas debajo de una ciudad alemana.

Sin considerar las grandes dificultades económicas que se le presentarían a Alemania a la terminación de la guerra, le robaron sus colonias, a pesar de que "los asuntos coloniales se someterían a un arbitraje imparcial en que predominaría el franco razonamiento, la generosidad y la plena voluntad de los interesados" según la letra y el espíritu de unos de los puntos del Convenio Preliminar de Paz. La superficie territorial de las colonias alemanas corresponde en cinco veces a la de la madre patria, tan densamente poblada, y tenía una población de 12 millones. El Imperio Británico supera 139, Francia 22 y Bélgica 80 veces al tamaño de la patria en lo que se refiere a sus posesiones coloniales; Inglaterra ejerce soberanía sobre una quinta parte de los habitantes

del globo terráqueo, y sin embargo, Inglaterra y Francia que juntos son dueños de más de un tercio de la tierra del mundo, han desposeído a Alemania de sus colonias, reduciendo su participación en esa tierra a un 0.3 por ciento, quiere decir, a un centésimo de lo que ellos poseen. Y siguiendo las comparaciones tenemos, que, la densidad biológica de Alemania es de 135, de Inglaterra de 15 y de Francia de 9 seres humanos por kilómetro cuadrado, incluyendo naturalmente sus posesiones coloniales. Con la pérdida de las colonias, Alemania perdió su propia participación en la producción de materias primas coloniales, como ser: algodón, lana, productos oleaginosos, caucho, cueros y pieles, café, cacao, maderas finas, cobre y otros, y sobre todo, perdió las grandes extensiones de terreno en que pudo haber colonizado parte de su población, que se apretujaba en la estrechez de la madre patria.

El robo descarado de las colonias alemanas no fué considerado como tal por los aliados. Por una parte querían hacer ver que el robo de las colonias estaba en concordancia con los puntos de Wilson y por otra parte, trataban de evitar que su valor fuera acreditado en la cuenta de las reparaciones —conste que dicho valor sobrepasaba en mucho el monto del total de las reparaciones. En esas circunstancias inventaron el cuento de la “incapacidad” alemana de colonizar. Se decía además que Alemania no tenía facultades para gobernar sus colonias. Así que debían ser sometidas a la soberanía de naciones “más progresistas”, que las recibirían como “mandato” de la Liga de las Naciones. En realidad eso de “mandato” no difiere absolutamente en nada de la toma de posesión lisa y llana de la propiedad alemana por los “fi-

duciarios". Los "haves", los poseedores, habían reducido con ese robo a Alemania a la categoría de "havenot", de pobre; sin pensar que precisamente esa pobreza a la que condenaron al pueblo alemán, lo llevó a intensificar su trabajo y a agudizar su ingenio, propendiendo así indirectamente al más fantástico resurgimiento de que haya recuerdo en la historia.

Para mantener la "legalidad" de restarle a Alemania durante un siglo los medios que pudieron facilitarle la salida de ese "medio ambiente" de esclavitud en que debía permanecer, sus enemigos idearon el sistema tributario. Sería imposible traer aquí a colación los detalles. Es una historia por puntos, artículos e incisos de la expoliación más vergonzosa e inhumana que jamás se haya visto en esta tierra. De 1919 hasta 1924 Alemania debía entregar todo lo que pidieran sus vencedores sin saber siquiera a cuanto ascendería el total. Colmenas, trenes enteros llenos de barras de oro, buques de alta mar, locomotoras, todo un parque de trenes, vacas lecheras, productos químicos, máquinas agrícolas, dinero en efectivo —un conglomerado de cualquier clase de bienes que tuviera— debía entregar Alemania, cuando y en la cantidad que se exigiera. Del lado de los aliados se formó un ambiente de desquicio en cualquier clase de valores, que se caracterizó por la fórmula básica que manifestara el Ministerio de Hacienda de Francia: "¡Le boche payera tout!" (El chanchito alemán pagará todo). En el año 1923 Alemania se desplomó ante ese esfuerzo tributario. El brutal saqueo la había llevado a la inflación. Una horda de chanchulleros y acaparadores internacionales se dejó caer sobre Alemania y se llevó por una bicoca los últimos bienes que habían dejado los

gobiernos aliados. Millones de honrados y laboriosos ciudadanos alemanes perdieron en aquel entonces todos sus bienes y su posición económica. La miseria del pueblo fué indescriptible. De 1924 a 1932 los tributos se enmarginaron en un sistema; los conocidos "planes". Recién en 1932 cesó el cobro de esos tributos, cuando los mismos ex-aliados se dieron cuenta de la fatal influencia que ejercían en la economía mundial, incluso la de sus propios países. En total y basado en cálculos prudentiales, Alemania había pagado tributos por la suma fantástica de 67.000 millones de marcos oro, sin contar el valor de las colonias y de los territorios separados de su soberanía.

Desarme

Leyendo los 440 artículos del Dictado de Versailles surge la convicción de que nunca habría sido posible establecer tales exigencias a un pueblo provisto de armas para su defensa. Sólo a una Alemania completamente desarmada fué posible formular las monstruosas exigencias contenidas en ese fatídico documento. Con razón se dijeron sus beneficiarios que sólo con la fuerza se podría garantizar su ejecución. Así que no extrañó que no cumplieran el compromiso asumido en el Dictado de Versailles de proceder por su parte a un desarme, cuando hubiera terminado el de Alemania. Aquí ya no se trató de una violación de un compromiso del Tratado Preliminar de Paz, sino del propio Dictado de Versailles, que en el prólogo a la quinta parte dice textualmente: "Para

facilitar el desarme general de todas las naciones, Alemania se compromete . . .”. El desarme total de Alemania fué controlado y ratificado por la comisión internacional de desarme, así que hubiera correspondido empezar en ese momento con el desarme de sus vecinos. No se hizo nunca.

Se le negó a Alemania el derecho de poner el resto de su territorio en estado de defensa. En la frontera occidental se la obligó a despejar de defensas de cualquier clase las comarcas de la ribera izquierda del Rin y a mantener libre de fortificaciones una franja de 50 kilómetros en la ribera derecha. Ese territorio debía ser “desmilitarizado”, quiere decir que ahí no podía permanecer un solo soldado. En 1927 se subordinaron otros territorios más a esas exigencias; en total, a Alemania le estaba vedado defender más de la mitad de su territorio, con lo que estaba expuesta a cualquier golpe de rapiña de sus vecinos sin medios adecuados de defensa. Aparte de que ante la vulnerabilidad de su territorio, en cualquier divergencia guerrera del continente, sus campiñas se podrían haber utilizado como campos de batalla; lo que habría tenido que consentir en vista de la debilidad y la insuficiencia de su armamento.

Esas circunstancias han sido una pesadilla permanente del pueblo alemán y sólo la podrán comprender las naciones que se hayan encontrado alguna vez en situación análoga, indefensas y rodeadas de enemigos armados hasta los dientes. Fueron años duros para el pueblo alemán; pues en todo momento pendía sobre su laboriosa obra constructiva la incertidumbre de una nueva catástrofe, la pérdida de sus hogares y el hambre . . .

Las consecuencias de Versailles

“Desde el Tratado de Paz de Versailles el pueblo alemán ha sufrido una miseria política y económica, de cuya magnitud el mundo no se ha formado una idea. Millones de existencias destruidas, gremios enteros arruinados y un ejército de desocupados — todo un cuadro de desesperación, sombrío y desgarrador. Desde la firma del Tratado de Paz que debía ser símbolo de una nueva y mejor Era para todos los pueblos del orbe, 224.900 hombres, mujeres y niños alemanes cometieron suicidio, por hambre o por las privaciones que debieron sufrir. Ellos acusan desde ultratumba el falso espíritu y el incumplimiento de ese tratado...” Con estas palabras el Führer en su discurso del 17 de Mayo de 1933 condenó las fatales consecuencias de ese fatídico tratado en la vida del pueblo alemán.

El Dictado de Paz de Versailles —contrariamente a otros tratados de que nos cuenta la historia— se ha caracterizado en que no ha fijado al pueblo vencido el cabal volumen de los sacrificios que se exigían. Fué ideado y redactado de tal manera que la ponzoña perdurará por mucho tiempo en la vida del pueblo alemán; con la infame premeditación de que al menor indicio de resurgimiento, uno u otro artículo hiciera valer su fuerza para volver a arrojarlo a la penumbra. En tal caso se habrían apoyado en la “solemnidad de los tratados”, acusando al pueblo alemán de violar sus compromisos, para apretujarlo más y más... Observando la naturaleza se habrá comprobado que ciertas plantas o representantes de la fauna que viven faltos de luz o en condiciones

inadecuadas de vida, se desarrollan anormalmente, adquiriendo un aspecto raquítico y deformado. El Dictado de Versailles pretendió en su espíritu propender a un retroceso biológico del pueblo alemán. Fué un cálculo satánico; en los Estados que fueron “agraciados” con pedazos del territorio alemán, muy pronto empezó una campaña de destrucción contra la población alemana. Creyeron los gobiernos de esos Estados limítrofes y con ellos los autores del Dictado de Versailles, que esas poblaciones ante las medidas terroríficas de exterminación volverían en masa al Reich y que entonces —ante la evidencia de que en el territorio mutilado del Reich sólo habría cabida a lo sumo para 40 millones de individuos— aumentaría la miseria y la dificultad para el pueblo de formarse una existencia y procrearse en nuevas generaciones. Por las luchas internas por el pan nuestro, por la desesperación, por el suicidio y el hambre y finalmente por la resignación y la negativa de las madres de dar nuevas vidas a la patria en tan míseras condiciones de existencia, el pueblo alemán —que por el mismo Lloyd George había sido denominado como “uno de los más fuertes y poderosos”— debía reducirse a una masa de 40 millones de ancianos amargados y faltos de voluntad. El hecho de haberse desarmado al Reich parecía ser una garantía para poder intervenir con las armas, si el proceso de degeneración y de debilitamiento no se desarrollaba en conformidad con los cálculos.

No hay duda: si Adolfo Hitler no hubiera conseguido despertar y reunir al pueblo alemán en un último y desesperado esfuerzo para recuperar su libertad y su derecho a la vida, las intenciones macabras del enemigo se hubieran cumplido.

El pueblo alemán rompió las cadenas de Versailles y debe oír hoy la opinión de la plutocracia de que el resurgimiento de Alemania es prueba de que el Tratado de Versailles ha sido demasiado “indulgente y humano”. Por lo que el propósito de la actual guerra —según lo han manifestado conocidos políticos contemporáneos ingleses y franceses (pasemos por alto las estupideces de los polacos)— debe ser la constitución de un “Super-Versailles”, que involucre un dictado mucho más severo para Alemania.

Versailles no se deshizo por ser demasiado “indulgente”. Sino, porque un pueblo fuerte e inteligente se vió ante la alternativa de morir lentamente por falta de espacio y condiciones de vida, o de reunirse y fundirse en un bloque de acero, pletórico de fuerza, para emprender la lucha por su libertad, su derecho a la vida y el espacio vital que necesita para el desarrollo de su vitalidad. Alemania emprendió ese camino en la convicción plena de ser arduo y difícil. Las generaciones venideras recién comprenderán esos sacrificios de millones de alemanes en la gigantesca lucha por la renovación nacional. La historia les hablará del inmenso trabajo en horas del día y de la noche, de la disciplina y de la subordinación que fueron necesarios para alcanzar la aurora de una vida mejor y para desprenderse del yugo que le impusiera la prepotencia de un vencedor, en un momento de debilidad nacional. Y sabrán comprender entonces, agradecidos, las clarividentes palabras del Führer cuando declara: “que Alemania será un Estado social de la más elevada cultura”.

Un inglés manifestó cierta vez, resignado, que los autores del Dictado de Versailles fueron, contra su vo-

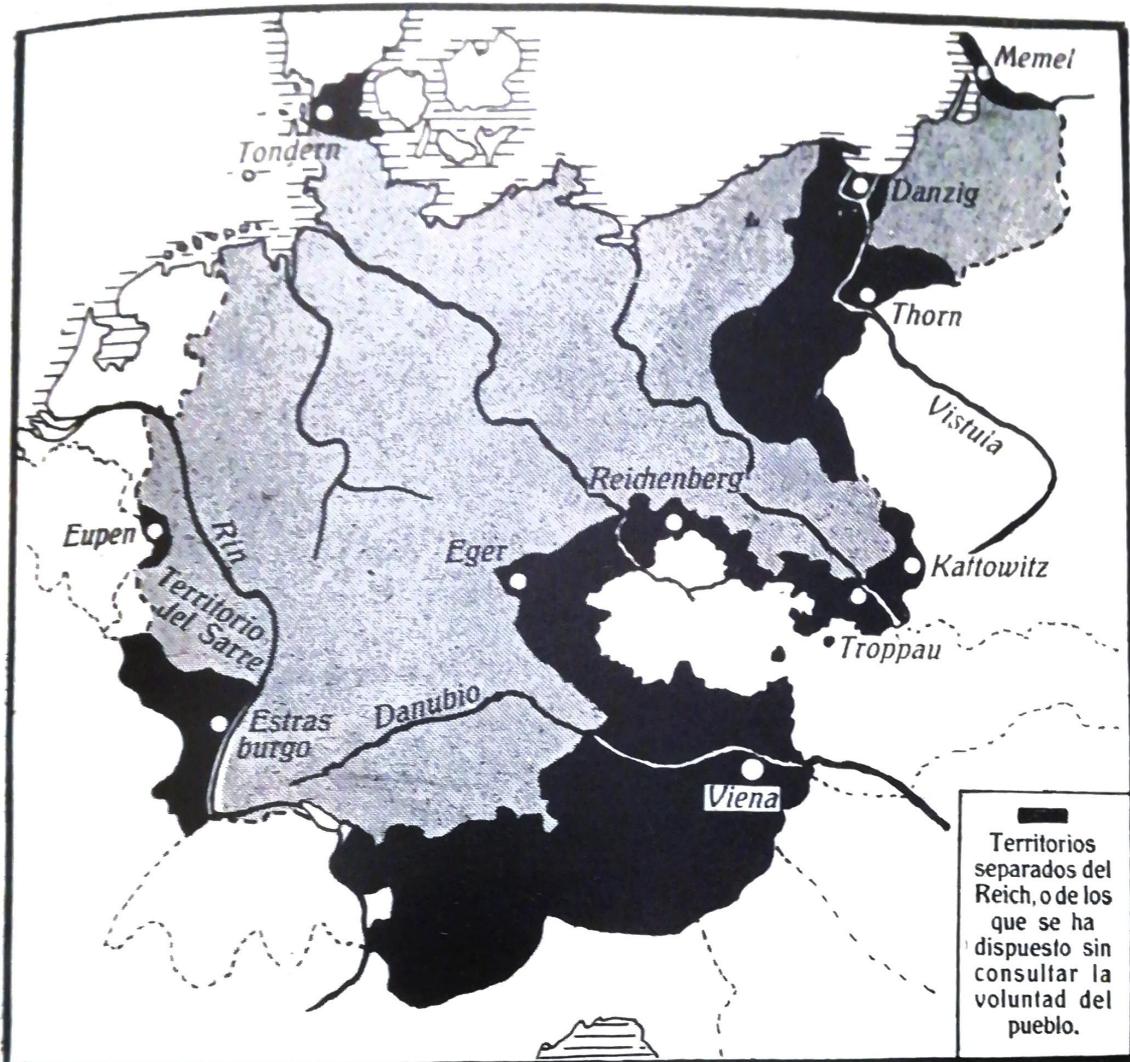
luntad, los fundadores del Gran Reich Alemán. Esa manifestación, si bien algo torcida, encierra un convencimiento intuitivo de que lo sucedido “es parte de esa fuerza que quiere el mal y redundará en el bien”. La política nacionalsocialista que reformó al Reich y al pueblo alemán, ha cobrado su fuerza metafísica en lo más hondo del alma alemana y rechaza la insinuación de que los elementos anticreadores de la infamia de Versailles se sientan “parte” de una renovación nacional, que es símbolo de la fuerza imperecedera del espíritu alemán. El golpe fatal de Versailles ha sido una dura lección para el pueblo alemán y lo ha acrisolado. Lo ha convencido, además, de que para vivir es necesario mantenerse fuerte de cuerpo y de espíritu.

Si aquellos Estados que crearon el Dictado de Versailles hubieran reconocido y respetado esa magna fuerza fecunda y creadora del pueblo alemán —que supo sobreponearse en evolución pacífica a esa infamia— tal vez habría sido posible evitar esta sangrienta guerra, cuyas raíces conducen a la sala de espejos de Versailles. Cuando el pueblo alemán se sintió fuerte nuevamente, no gritó por la revancha, sino que se ha esforzado por una revisión pacífica de los males de Europa, para establecer un nuevo orden que se basara en los postulados sagrados de la paz, la justicia, la libertad y el derecho de los pueblos.

Las grandes plutocracias se han negado a ese llamado a la paz. Cortos de vista y rencorosos se han aferrado festarudamente a la letra muerta del Dictado de Versailles y en ese maldito espíritu creyeron poder desarrollar sus siniestros nuevos planes de postguerra. Su

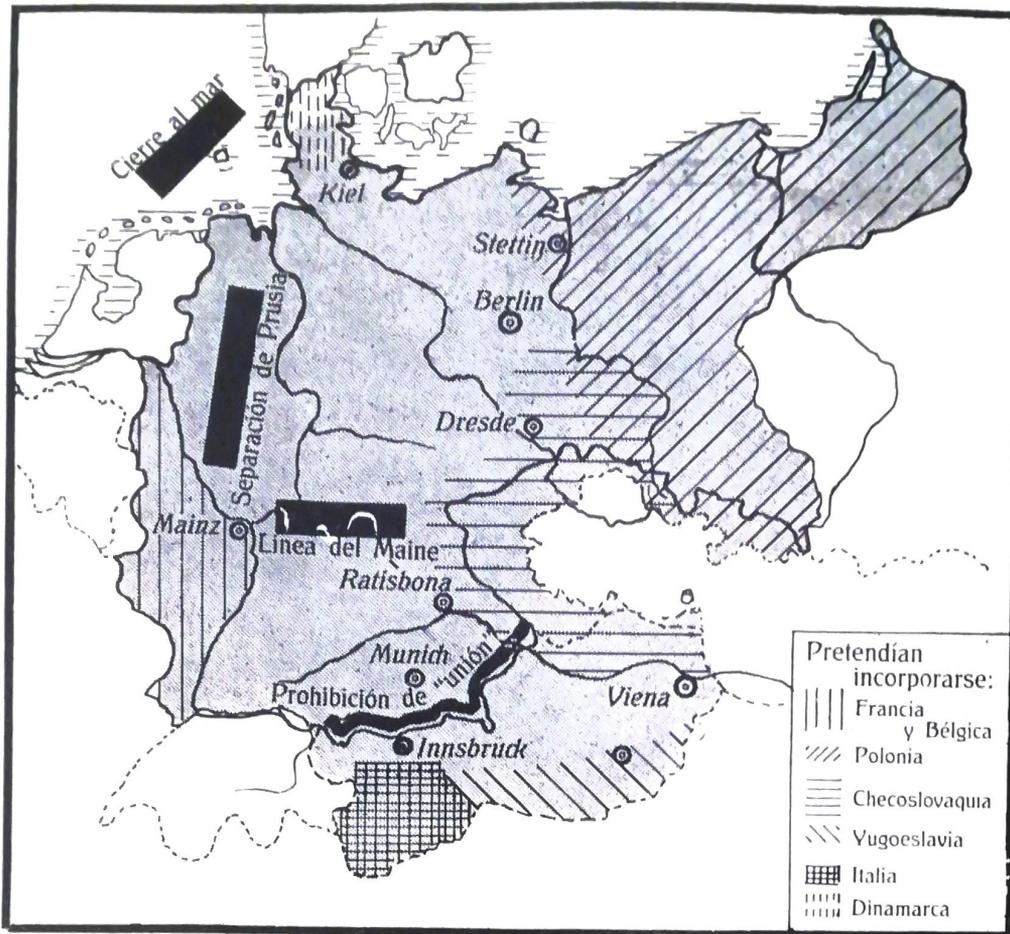
política, demasiado bien conocida por el Reich, obliga a éste a conducir esta guerra con todas sus fuerzas hasta un final victorioso, para terminar así de una vez por todas con esa lucha sorda, que desde dos decenios y con todos los siniestros medios del Dictado le siguieran los "vencedores" de 1919. En un brillante ataque revolucionario el pueblo alemán destruyó la falsedad del régimen plutocrático. Triunfalmente ondea la bandera de la victoria sobre el palacio de Versailles. Los dictados que ahí se impusieron a un vencido en mala lid, pasaron a la historia. Ha terminado una época de destrucción en Europa. El camino a un futuro mejor para todos los pueblos sanos de Europa ha quedado expedito.

Alemania después del dictado de paz de Versalles



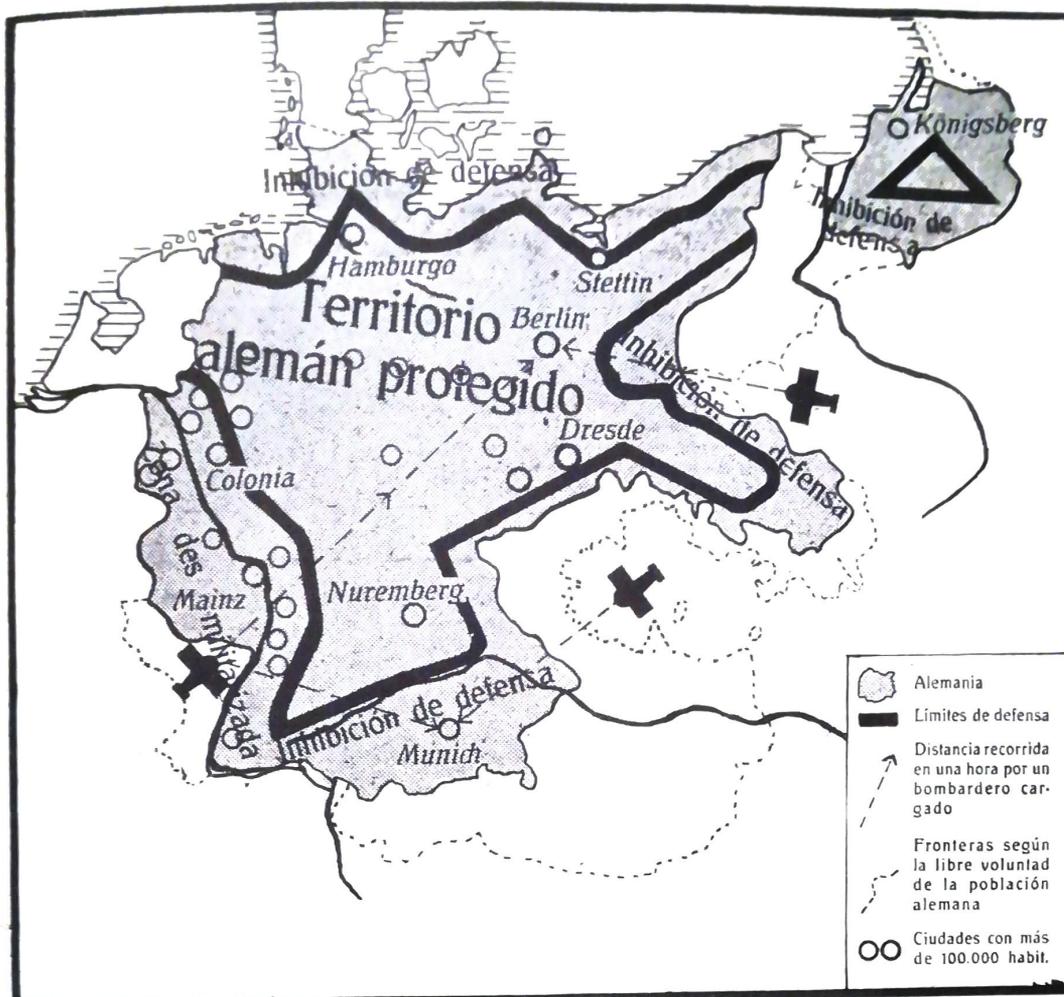
Alemania, como se nos habría presentado después del antetratado de paz del 5 de Noviembre de 1918 a base del libre derecho de los pueblos, ha sido repartida entre doce naciones. En este mapa puede verse qué sacrificios estuvo dispuesto a hacer el Führer para llegar a un franco acuerdo con Polonia y Francia, cuando ofreció prescindir de revisiones en el Oeste y concretar sus aspiraciones en el Este a la vuelta de Danzig al Reich y a un pasillo extraterritorial que, cruzando el corredor, comunicara al Reich con la Prusia Oriental. Tanto Francia como Polonia han rechazado ese ofrecimiento que significaba para Alemania una dolorosa renuncia en favor de la paz, yendo a la guerra, y sin tomar en cuenta que el Reich, restablecido en su potencia, había probado con su ratificación de fronteras del año 1919 con Italia su firme voluntad de respetar convenios que aseguraran la paz. El mapa nos muestra además en los contornos en negro del Reich, con qué brutalidad se han sobrepuesto los vencedores de 1918 a la libre voluntad de los pueblos. Solamente en el Slesvig del Norte ha habido un plebiscito — discutible en su formalidad — mientras que en las demás partes se separaron territorios del Reich sin tomar en cuenta para nada la determinación de sus habitantes.

Los propósitos de los enemigos de Alemania en 1918/1919



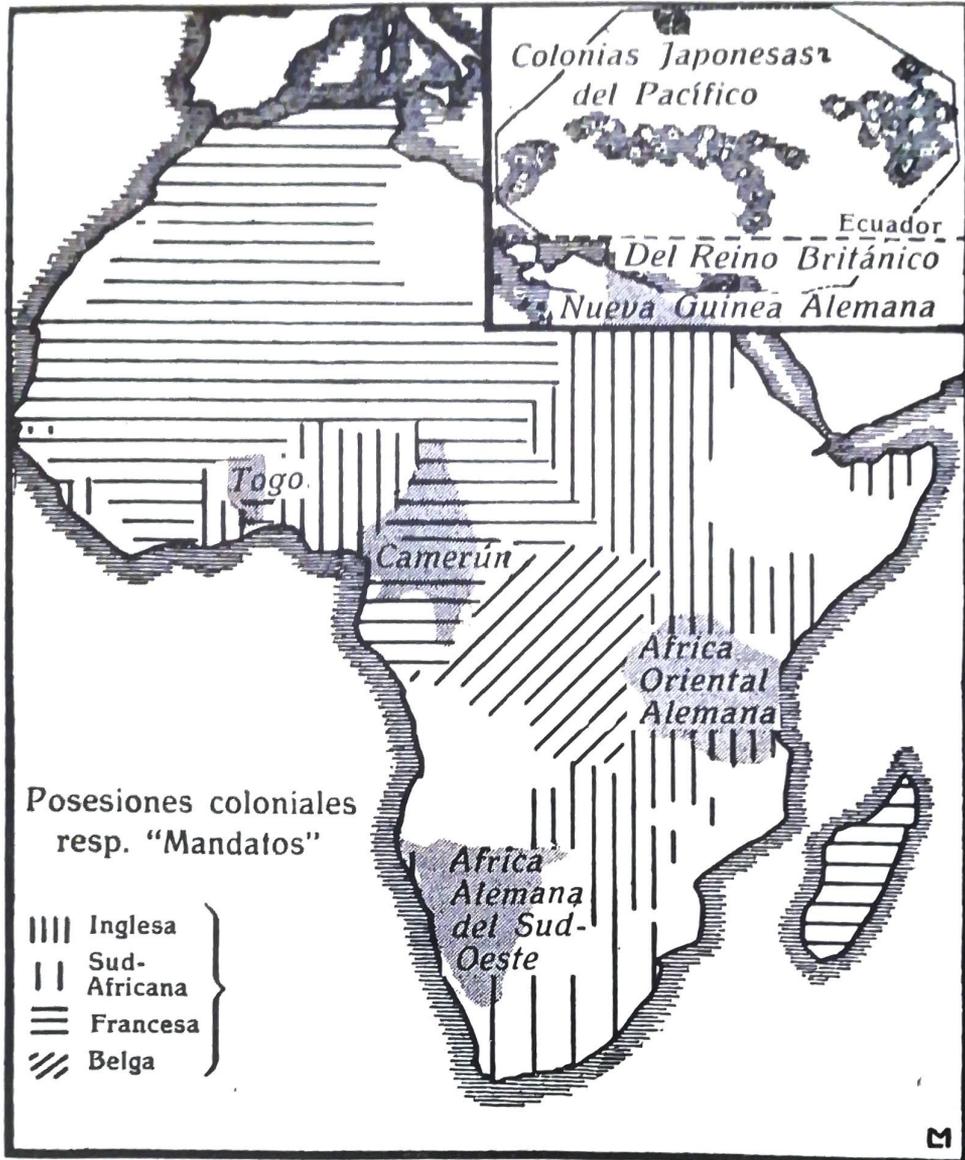
En la conferencia de paz de París varias naciones entre ellas las recién constituidas, exigían el total desmembramiento de Alemania. Francia fantaseaba con deshacer la unidad alemana y hacerla volver al tiempo de los feudos "soberanos", abrigando, talvez, íntimamente el deseo de que esos nuevos "estados" con sus inevitables rencillas internas terminarían con la unidad nacional alemana. Como garantía ansiaba — apoyada por Bélgica — la posesión de toda la ribera izquierda del Rin. Los nuevos estados eslavos, Polonia y Checoslovaquia, querían apropiarse de todo el territorio del Este, cultivado por alemanes desde tiempos remotos. Polonia exigía la extensión de su frontera hasta el río Oder y aun más allá, pretensión que renovó en 1939 un conocido estadista de ese país. Checoslovaquia exigía fronteras que en Bohemia abarcaban comarcas netamente alemanas. Los chauvinistas praguenses pretendían formar un "corredor eslavo" entre los checos y los eslavos del Sur. Eslovaquia del Sur exigía por su parte tierras de Carintia y de Estiria e Italia la frontera del Brennero. Dinamarca creía tener derecho a toda la provincia de Slesvig. E Inglaterra, finalmente, pretendía cerrar a Alemania definitivamente la salida al mar. En la línea del Meno y en la frontera confesional del Este de Alemania, los agentes aliados promovieron disturbios separatistas que debían conmover la unidad del país. — Está visto: si todas esas exigencias y pretensiones se hubieran cristalizado, no habría quedado mucho de Alemania. Como conglomerado desunido de gente de habla alemana, Alemania debía ser borrada como potencia. Italia, Eslovaquia del Sur y Dinamarca se desprendieron más tarde voluntariamente de esa enfermedad política de postguerra. Por lo demás, los estadistas de Inglaterra, Francia y de Ex-Polonia nos han hecho saber en su oportunidad las finalidades que persiguen en esta guerra y no nos sorprende constatar, que los viejos planes no han sido enterrados — exceptuando aquello que se consumara en el dictado de Versalles. El delirio de grandeza de Polonia no había disminuido en un ápice; Inglaterra y Francia fijaban de antemano sus nuevas fronteras en el Rin y aún más allá y declaraban muy sueltos que la finalidad máxima era el desmembramiento completo y definitivo del territorio de Alemania y la división del resto en un sinnúmero de estados pequeños y pequeñísimos. En vista de esos propósitos, este mapa de 1919 ha cobrado ser actualidad para el pueblo alemán. Y hoy el pueblo alemán sabe que está luchando por su existencia, contra la realización de esos siniestros propósitos.

Alemania bajo inhibición de defensa 1919-1935



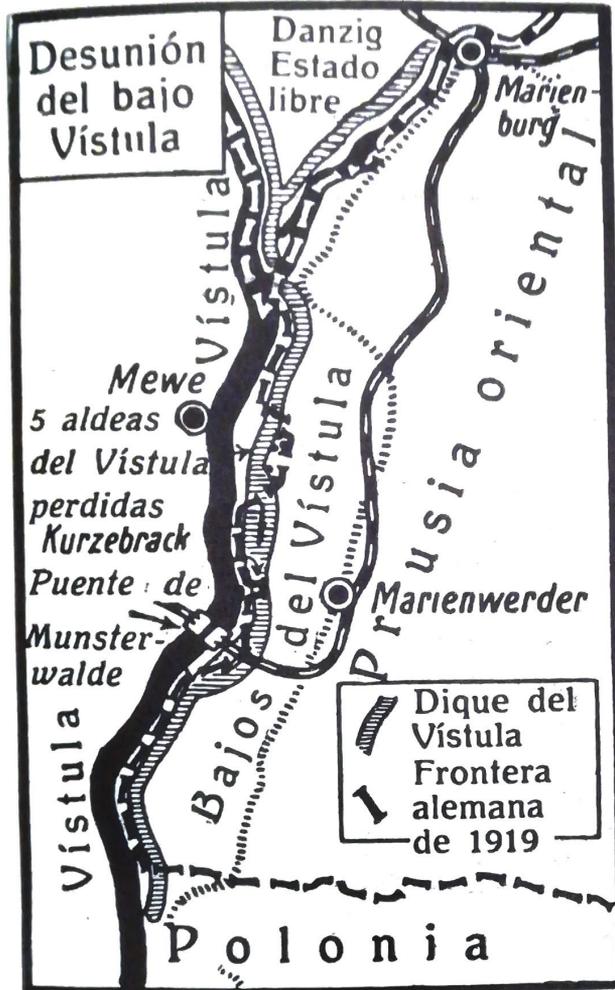
La mitad del territorio alemán estaba bajo inhibición de defensa. En la zona "desmilitarizada" del Rin fueron destruidas todas las defensas terrestres. La entrada a esas zonas estaba prohibida a los militares alemanes. Estaba prohibido además construir nuevas fortificaciones allende de la línea demarcatoria, como asimismo mejorar o ampliar las existentes. El control fué tan severo, que tuvieron que ser retiradas detrás de la línea demarcatoria. Con ello Alemania se veía obligada a prescindir para su defensa de sus arterias vitales — el Rin, el Danubio y el Vístula — y de sus montañas como defensa natural. El resto del territorio alemán permanecía virtualmente sin resguardo, pues habría sido imposible defenderlo contra un eventual ataque con armamento moderno. Cualquier ciudad alemana estaba al alcance de bombarderos enemigos en menos de una hora de vuelo y sin posibilidad de una adecuada defensa aérea. En cambio todas las naciones vecinas estaban autorizadas para extender sus fortificaciones hasta la frontera misma del Reich. Solamente a Alemania le estaba vedado el derecho de resguardarse contra eventuales ataques enemigos, hasta que se tomó nuevamente ese derecho. Los ataques nocturnos de los bombarderos británicos sobre ciudades indefensas de Alemania dicen a las claras, a qué se habría expuesto la población civil del Reich, si no se hubiera procedido en su debido tiempo a su adecuada defensa aérea. Conviene recordar que el comodoro de una escuadrilla aérea inglesa (Edmonds) manifestó cierta vez, que la aviación tiene por finalidad la de masacrar a la población civil para que, ántes de permanecer por más tiempo en ese infierno, prefieran hacer las paces a cualquier precio.

El robo de las colonias alemanas por los acaparadores de la Tierra: los 'potentados' asaltan a los 'desposeídos'.



Todas las colonias alemanas del Africa y de Oceanía fueron puestas bajo las órdenes de la "Comisión de mandatos". El mapa demuestra como Francia e Inglaterra consiguieron redondear con esa maniobra sus de por sí amplias posesiones coloniales. Con la incorporación de la colonia alemana del Este, Inglaterra abrió la vía directa e interrumpida de Cairo a sus posesiones del Africa del Sud, constituyéndose en potencia única en la costa del Este de Africa; con lo que el Océano Indico bañaba en dos costados playas inglesas, yendo a ser en esas circunstancias en realidad un mar mediterráneo inglés. Africa del Sud, dominio británico, ampliaba su posición política y económica con la incorporación del Africa Sud-Oeste alemana. Francia por su parte se enriquecía con la posesión de Togo y Camerún y obtenía una posición predominante del Africa del Oeste hasta el Africa Central. El Japón se apoderaba de parte del patrimonio colonial alemán de Oceanía.

Como destruyó Polonia la unidad del bajo del Vístula



El bajo del Vístula, en tiempos remotos una extensión de pantanos insalubres, fué transformado en paciente labor de varias generaciones de colonos alemanes en una de las comarcas más fructíferas del viejo Reich. Por el tratado de Versailles fué dividido arbitraria- y maliciosamente, y, a pesar de que Polonia no poseía en la ribera derecha —prescindiendo de cinco aldeas arrancadas del conjunto a la fuerza— de casas, campos u otros intereses, Alemania fué delimitada del Vístula. La arbitraria frontera dividía el terraplén del Vístula —de vital importancia para todo el bajo— nada menos que siete veces. Un paso libre le fué concedido a Alemania "generosamente" en Kurzebrack. Tenía ese paso libre el siguiente aspecto: Un camino de cuatro metros de ancho hasta el Vístula sólo podía ser utilizado en ciertas horas del día contra presentación de un salvoconducto que tenía que ser retirado en el retén de Dirschau a 40 kilómetros del lugar. No había comunicación entre una y otra ribera del río, a pesar de ser todo el bajo una sola comarca.

El puente de Münsterwalde sobre el Vístula, construído poco antes de la guerra con un costo de 5 millones de marcos, fué desmontado. En muchas partes la frontera cruzaba los campos de campesinos alemanes que tenían que hacer grandes rodeos para llegar a sus campos, pues sólo se les permitía transponer la frontera en ciertos pasos. Por falta de cuidado el Vístula se enmedanó perdiendo rápidamente su profundidad, quedando poco después inutilizado para la navegación fluvial.

Pérdida de importantes fuentes económicas en los territorios perdidos

